

COLECCIÓN PORTLAR  
328  
LA MORAL Y LA TEORÍA

CAROL GILLIGAN

# LA MORAL Y LA TEORÍA

*Psicología del desarrollo femenino*

Traducción de  
JUAN JOSÉ UTRILLA

CLASIF. \_\_\_\_\_  
FE. \_\_\_\_\_  
FECHA \_\_\_\_\_  
PROCED. \_\_\_\_\_  
FACT. No. \_\_\_\_\_  
CLAVE PROC. \_\_\_\_\_  
FACT NO. \_\_\_\_\_  
PAGINAS \_\_\_\_\_  
ELEM. \_\_\_\_\_  
ISBN \_\_\_\_\_  
LUS \_\_\_\_\_  
NO PORTAB. \_\_\_\_\_



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO

## INTRODUCCIÓN

En los diez años pasados, he estado escuchando a personas que hablan de moral y de ellas mismas. A mitad de ese periodo, empecé a notar una distinción en estas voces, dos modos de hablar de problemas morales, dos modos de describir la relación entre el otro y el yo. Las diferencias representadas en la bibliografía psicológica como pasos en una progresión de desarrollo aparecieron súbitamente, en cambio, como un tema contrapúntico, entretejido en el ciclo vital y recurrente en varias formas en los juicios, las fantasías y los pensamientos de la gente. La oportunidad para hacer esta observación fue la selección de una muestra de mujeres para un estudio de la relación entre el juicio y la acción en una situación de conflicto moral y elección. Ante el trasfondo de las descripciones psicológicas de identidad y desarrollo moral que yo había leído y enseñado durante varios años, las voces de las mujeres tuvieron un sonido distinto. Fue entonces cuando empecé a notar ciertos problemas que recurrían, una y otra vez, al interpretar el desarrollo de las mujeres y al conectar esos problemas con la repetida exclusión de las mujeres en los estudios críticos, de formación de una teoría, en la investigación psicológica.

En este libro se registran diferentes modos de pensar acerca de las relaciones y la asociación de estos modos con las voces del hombre y de la mujer en los textos

psicológicos y literarios y en los datos de mi investigación. Se ha considerado, generalmente, que la disparidad entre la experiencia de la mujer y la representación del desarrollo humano, registrada por toda la bibliografía psicológica, significa un problema en el desarrollo de la mujer. En cambio, el hecho de que la mujer no embone en los modelos existentes del desarrollo humano puede señalar un problema en la representación, una limitación en el concepto de la condición humana, una omisión de ciertas verdades acerca de la vida.

La distinta voz que yo describo no se caracteriza por el sexo sino por el tema. Su asociación con las mujeres es una observación empírica, y seguiré su desarrollo básicamente en las voces de las mujeres. Pero esta asociación no es absoluta; y los contrastes entre las voces masculinas y femeninas se presentan aquí para poner de relieve una distinción entre dos modos de pensamiento y para enfocar un problema de interpretación, más que para representar una generalización acerca de uno u otro sexo. Al seguir el desarrollo, señalaré la interrelación de estas voces dentro de cada sexo, y sugeriré que su convergencia señala las épocas de crisis y de cambio. No se hacen afirmaciones acerca de los orígenes de las diferencias descritas o de su distribución en una población numerosa, entre diversas culturas o a través del tiempo. Es claro que estas diferencias surgen en un marco social donde ciertos factores de posición social y de poder se combinan con la biología reproductiva para moldear la experiencia de varones y de mujeres y las relaciones entre los sexos. Mi interés se encuentra en la interacción de experiencia y pensamiento, en distintas voces y en los diálogos que hacen surgir, en la

forma en que nos escuchamos a nosotros mismos y a los demás, en las cosas que contamos acerca de nuestras vidas.

A lo largo de este libro me refiero a tres estudios que reflejan la suposición central de mi investigación: que la forma en que la gente habla de sus vidas tiene importancia, que el lenguaje que utilizan y las conexiones que establecen revelan el mundo que ven y en el cual actúan. Todos los estudios dependieron de entrevistas e incluyeron una misma serie de preguntas: acerca de conceptos del ego y de la moral, acerca de experiencias de conflicto y elección. El método de entrevistar consistió en seguir el lenguaje y la lógica del pensamiento de cada persona; el entrevistador planteaba nuevas preguntas para aclarar el significado de una respuesta particular.

El estudio de estudiantes de universidad explora la identidad y el desarrollo moral en los primeros años del adulto, relacionando la visión del ego y el pensamiento acerca de la moral con experiencias de conflicto moral y toma de decisiones en la vida. Veinticinco estudiantes, seleccionados al azar en un grupo que, en segundo año, había decidido seguir un curso sobre la moral y la elección política, fueron entrevistados durante el segundo año de universidad, y luego cinco años después de graduarse. Al seleccionar esta muestra, yo observé que de los veinte estudiantes que habían abandonado el curso, dieciséis eran mujeres. También me puse en contacto con esas mujeres y las entrevisté en su último año universitario.

El estudio sobre la decisión de abortar consideró la relación entre experiencia y pensamiento y el papel del

conflicto en el desarrollo. Veintinueve mujeres que, en edad, iban de quince a treinta y tres años, con distintos antecedentes étnicos y de clase social, algunas solteras, algunas casadas, algunas madres de un niño en edad preescolar, fueron entrevistadas durante el primer trimestre de un embarazo confirmado en la época en que estaban pensando en el aborto. Esas mujeres fueron incluidas en el estudio gracias a los servicios de asesoramiento para el embarazo y las clínicas de aborto en una extensa zona metropolitana; no se hizo ningún esfuerzo por seleccionar una muestra representativa de la clínica o de la "población" de los servicios de asesoramiento. De las veintinueve mujeres, se dispuso de datos completos de las entrevistas de veinticuatro, y de estas veinticuatro, volvimos a entrevistar a veintiuna de ellas, un año después de su decisión.

Estos dos estudios extendieron el plan habitual de investigación sobre el juicio moral, preguntando cómo las personas definían los problemas morales y qué experiencias consideraban como conflictos morales en sus vidas, en lugar de enfocar su pensamiento acerca de los problemas que se les presentaban para resolverlos. Las hipótesis generadas por esos estudios concernientes a diversos modos de pensar acerca de la moral y su relación con distintas opiniones de sí mismas fueron nuevamente exploradas y refinadas por medio del *estudio sobre derechos y responsabilidades*. Este estudio incluyó una muestra de hombres y mujeres de similar edad, inteligencia, educación, ocupación y clase social, en nueve puntos a través del ciclo vital: a la edades de 6-9, 11, 15, 19, 22, 25-27, 35, 45 y 60. De una muestra total de 144 (8 varones y 8 mujeres de cada edad), incluyendo

una submuestra más intensivamente entrevistada de 36 (2 hombres y 2 mujeres de cada grupo de edad), se reunieron datos sobre conceptos del ego y la moral, experiencias de conflicto moral y elección, y juicios sobre dilemas morales hipotéticos.

Al presentar fragmentos de esta obra, quiero informar de una investigación en progreso cuya meta es dar, en el campo del desarrollo humano, una representación más clara del desarrollo de las mujeres, que capacite a psicólogos y a otros estudiosos a seguir su curso y comprender algunos de los aparentes enigmas que presenta, especialmente los relacionados con la formación de la identidad de la mujer y su desarrollo moral en la adolescencia y la edad adulta. A las mujeres, espero que esta obra les ofrezca una representación de su pensamiento, que las capacite a captar mejor su integridad y validez, a reconocer las experiencias que su pensamiento refracta, y a comprender la línea de su desarrollo. Mi idea es ensanchar la comprensión del desarrollo humano, aprovechando el grupo que se omitió en la construcción de la teoría, para llamar la atención hacia lo que falta en su versión. Vistos bajo esta luz, los datos discrepantes sobre la experiencia de la mujer ofrecen una base sobre la cual generar una nueva teoría que, potencialmente, pueda darnos una visión más general de las vidas de los dos sexos.

relaciones sugieren que la capacidad de responsabilidad y cuidado evoluciona, pasando por una secuencia coherente de sentimientos y pensamientos. Conforme los hechos de las vidas de las mujeres y de la historia se intersecan con sus sentimientos y pensamiento, una preocupación por la supervivencia individual llega a ser considerada como "egoísta" y se contrapone a la "responsabilidad" de una vida vivida en relaciones. Y a su vez la responsabilidad, en esta interpretación convencional, llega a confundirse con una respuesta a otros, que impide un reconocimiento de sí misma. Las verdades de la relación, sin embargo, se retoman en el redescubrimiento de la conexión, en la comprensión de que el Yo y los otros son interdependientes y que la vida, por muy valiosa que sea en sí misma, sólo puede sostenerse mediante el cuidado y la atención en las relaciones.

## V. DERECHOS Y JUICIO DE LAS MUJERES

Cuando en el verano de 1848, Elizabeth Cady Stanton y Lucretia Mott convocaron a una conferencia en Seneca Falls, Nueva York, para considerar "la condición social, civil y religiosa y los derechos de las mujeres" presentaron, para su adopción, una Declaración de Sentimientos, siguiendo el modelo de la Declaración de Independencia [de los Estados Unidos]. La cuestión era sencilla, y la analogía ponía en claro el punto: las mujeres tienen derechos considerados naturales y que son inalienables por los hombres. La Conferencia de Seneca Falls fue motivada por la exclusión de Stanton y Mott, junto con otras delegadas, de toda participación en la Convención Mundial contra la Esclavitud, celebrada en Londres en 1840. Ofendidas al ser relegadas a los palcos para observar los procedimientos en los que habían asistido a tomar parte, estas mujeres exigieron para sí mismas en 1848 lo que ocho años antes habían tratado de exigir sólo para otros: los derechos de ciudadanía en un estado declaradamente democrático.

Basando esta declaración en la premisa de igualdad y en los conceptos del contrato social y los derechos naturales, la Declaración de Seneca Falls no pide consideración especial para las mujeres, sino que, sencillamente sostiene "que estas verdades son evidentes: que todos los hombres y las mujeres fueron creados iguales,

que fueron dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables; que entre ellos se cuentan la vida, la libertad y la busca de la felicidad”.

Pero la exigencia de derechos por parte de las mujeres las había llevado, desde el principio, a una aparente oposición con la virtud, oposición refutada por Mary Wollstonecraft en 1792. En “Una reivindicación de los derechos de la mujer”, arguye que la libertad, en lugar de conducir al libertinaje, es “la madre de la virtud”, pues la esclavitud no sólo causa abyección y desesperación sino también engaño y dolo. La “arrogancia” de Mary Wollstonecraft al atreverse “a ejercer mi propia razón” y “desafiar” los conceptos erróneos que “esclavizan a mi sexo” después encontró su igual en la audacia de Stanton al decir a un periodista que “pusiera en letras mayúsculas: EL AUTODESARROLLO ES UN DEBER SUPERIOR AL AUTOSACRIFICIO. Lo que más retarda y milita contra el autodesarrollo de la mujer es el autosacrificio”. Refutando la acusación de egoísmo, pecado cardinal en la escala de la virtud femenina que tendía a un ideal de devoción perfecta y abnegación no sólo en relación con Dios sino con los hombres, estas primeras partidarias de los derechos de la mujer equipararon el autosacrificio con la esclavitud y afirmaron que el desarrollo de las mujeres, como el de los hombres, serviría para promover el bien general.

Así como, reclamando derechos, las mujeres exigían responsabilidad para ellas mismas, así al ejercer su razón empezaron a enfrentarse a cuestiones de responsabilidad en las relaciones sociales. Este ejercicio de la razón y el intento de las mujeres por ejercer control sobre las condiciones que afectaban sus vidas condujeron, en la

segunda mitad del siglo XIX, a varios movimientos en favor de la reforma social, desde movimientos de limpieza social en favor de la templanza y la salud pública hasta los movimientos más radicales en favor del amor libre y el control de la natalidad. Todos estos movimientos se unieron en apoyo del sufragio, cuando las mujeres, alegando que su inteligencia y, en varios grados, su sexualidad, eran parte de la naturaleza humana, por medio del voto trataron de incluir sus voces en la formación de la historia y cambiar las prácticas prevalentes que dañaban a las generaciones presentes y futuras. Aunque la decepción del sufragio quedó registrada en el hecho de que muchas mujeres no votaron y en la tendencia de otras a votar sólo apoyando las opiniones de sus maridos, el siglo XX ha presenciado, en realidad, la legitimación de muchos de los derechos que buscaron las primeras feministas.

Dados estos cambios en los derechos de las mujeres, surge la pregunta sobre su efecto, pregunta planteada en la actualidad, tanto por la renovada lucha por los derechos de las mujeres como por las celebraciones del centenario de muchas de las universidades femeninas que surgieron cuando las feministas pidieron la educación de la mujer. Al vincular el autodesarrollo de las mujeres con el ejercicio de su propia razón, las primeras feministas consideraron que la educación era crítica para las mujeres si habían de vivir según su propio control. Pero mientras el debate por la actual Enmienda por la Igualdad de Derechos repite muchos de los debates ya ocurridos en el pasado, la cuestión del autodesarrollo de las mujeres continúa levantando el espectro del egoísmo, el temor de que la libertad de las mujeres conduzca a

un abandono de su responsabilidad en todas las relaciones. Así el diálogo entre derechos y responsabilidades, en su debate público y su representación psíquica, enfoca los conflictos causados por la inclusión de las mujeres al pensar en responsabilidad y relaciones. Mientras este diálogo elucida algunos de los aspectos más desconcertantes de la oposición de las mujeres a sus propios derechos, también ilumina cómo el concepto de derechos obliga a las mujeres a pensar en conflicto y elección morales.

El siglo caracterizado por los movimientos en favor de los derechos de las mujeres queda limitado, aproximadamente, por la publicación de dos novelas, escritas ambas por mujeres y que plantean el mismo dilema moral: una heroína enamorada del hombre de su prima. En sus triángulos paralelos, estas novelas ofrecen un marco histórico en el cual considerar los efectos de los derechos de la mujer sobre sus juicios morales, y ofrecen así una manera de enfrentarse a la cuestión ya centenaria de lo que ha cambiado y lo que ha seguido siendo igual.

En *The Mill on the Floss* (1860), novela de George Eliot, Maggie Tulliver "se aferra a lo justo". Atrapada entre su cariño a su prima Lucy y su "sentimiento más poderoso" hacia Stephen, el novio de Lucy, Maggie no vacila en su juicio de que "no debo, no puedo buscar mi propia felicidad sacrificando a otros". Cuando Stephen dice que su amor, natural y no provocado "justifica que nos casemos", Maggie responde que "aun cuando el amor sea natural, sin duda también son naturales la piedad y la lealtad y la memoria". Aun después de que "ya era demasiado tarde para no haber

causado daños", Maggie se niega "a tomar para mí misma el bien que ha arrancado del dolor [de otros]", escogiendo, en cambio, renunciar a Stephen y volver sola a St. Oggs.

Mientras el ministro, Mr. Kenn, considera que "el principio sobre el cual actuó es guía más segura que sopesar las consecuencias", el juicio de la narradora es menos claro. George Eliot, habiendo colocado a su heroína en un dilema que no admite resolución viable, pone fin a la novela haciendo que Maggie se ahogue, pero no sin antes advertir al lector que "la cambiante relación entre la pasión y el deber no es clara para nadie que sea capaz de captarla". Ya que "la misteriosa complejidad de nuestra vida" no se deja "atrapar en fórmulas", el juicio moral no puede estar gobernado por "reglas generales" sino que, en cambio, debe estar imbuido "por una vida plena y lo bastante intensa para haber creado un sentimiento general de camaradería con todo lo que es humano".

Y sin embargo, dado que en esta novela los "ojos de la vida intensa" que fueron los de Maggie miran, al final, desde un "rostro macilento y agotado", no es de sorprender que Margaret Drabble, empapada en la tradición del siglo XIX pero consagrada a las cuestiones del feminismo del siglo XX, decidiera retornar a la obra de Eliot y explorar la posibilidad de otra resolución. En *The Waterfall* (1969) re-crea el dilema de Maggie en *The Mill on the Floss*, como lo implica el título, con la diferencia de haber suprimido el impedimento social. Así Jane Grey, la heroína de Drabble, no se aferra al derecho sino al esposo de Lucy, renunciando a las renuncias y, en cambio, "ahogándose en el primer capi-

tulo". Inmersa en un mar de autodescubrimiento, "sin preocuparse de quién se ahogará mientras yo llegue a la tierra firme", Jane se ve atrapada por un problema de juicio cuando trata de comprender el milagro de su sobrevivencia y encontrar una manera de contar la historia. Su amor a James, el esposo de Lucy, es narrado por dos voces diferentes, una en tercera persona y otra en primera, que batallan constantemente por las cuestiones de juicio y verdad, enfocando y desenfocando las cuestiones morales de responsabilidad y elección.

Aunque el equilibrio entre la pasión y el deber ha cambiado entre 1860 y 1969, el problema moral sigue siendo el mismo en ambas novelas. A través del siglo que las separa, el veredicto de egoísta afecta a ambas heroínas. La misma acusación que obliga a Maggie a renunciar, orquesta la elaborada queja de abandono y excusa de Jane: "Yo sólo estaba tratando de defenderme contra una acusación de egoísmo, juzgándome benignamente; dije, no soy como son otras, estoy triste, estoy loca, debo tener lo que quiero". Pero el problema de la actividad y el deseo que implica la acusación de egoísmo no sólo llevan a Jane a las familiares estrategias de evasión y mentira, sino que también la impelen a confrontar la premisa subyacente en que se basa la acusación. Tomando aparte el juicio moral del pasado, que había hecho, al parecer, "en un sentido, mejor renunciar a mí misma que a ellos", Jane trata de reconstituirlo en tal forma que pueda "admitirme y abarcarme". Se esfuerza así por crear "una nueva escala, una nueva virtud" que pueda incluir actividad, sexualidad y supervivencia sin abandonar las antiguas virtudes de responsabilidad y atención: "Si yo necesito comprender

lo que estoy haciendo, si no puedo actuar sin mi propia aprobación —y debo actuar, pues he cambiado— y ya no soy capaz de la inacción, entonces he de inventar una moral que me condone. Aunque al hacerlo me arriesgo a condenar todo lo que yo he sido".

Estas novelas demuestran así el continuado poder de las mujeres para juzgar el egoísmo, y la moral de la abnegación que implica. Este es el juicio que regularmente aparece en el punto de equilibrio de las novelas de adolescencia femenina, el punto de giro del *Bildungsroman* que separa la invulnerabilidad de la inocencia infantil de la responsabilidad de la participación y la elección adultas. El concepto de que para las mujeres la virtud está en el autosacrificio ha complicado el curso del desarrollo femenino enfrentando la cuestión moral de la bondad contra las cuestiones adultas de la responsabilidad y la elección. Además, la ética del autosacrificio entra directamente en conflicto con el concepto de los derechos que, en el siglo pasado, fundamentó la exigencia femenina de una mayor participación en la justicia social.

Mas surge un nuevo problema: de la tensión entre una moral de derechos que disuelve los "vínculos naturales" para apoyar las pretensiones individuales, y una moral de responsabilidad que ata tales reclamaciones en una urdimbre de relaciones, borrando la distinción entre el Yo y el otro mediante la representación de su interdependencia. Este problema preocupó a Wollstonescraft y Stanton, a Eliot y Drabble. Esta preocupación surgió, asimismo, en entrevistas con mujeres estudiantes universitarias durante los setentas. Todas estas mujeres hablaron del mismo conflicto, todas ellas revelaron el enorme



peso del veredicto de egoísmo en el pensamiento femenino. Mas la aparición de este juicio en los conflictos morales descritos por mujeres contemporáneas pone de relieve la función que el concepto de los derechos desempeña en el desarrollo moral de las mujeres. Estos conflictos demuestran la continuación en el tiempo de una ética de responsabilidad como centro de la preocupación moral femenina, anclando al Yo en un mundo de relaciones y haciendo surgir actividades de atención y cuidado, pero también muestran cómo esta ética se transforma por el reconocimiento de la justicia del enfoque en los derechos.

La entrevista a Nan, en cuarto año, una de las mujeres del estudio de estudiantes universitarias, muestra algunas de las dimensiones de la preocupación moral de las mujeres en 1973, año en que el Tribunal Supremo decidió que el aborto era legal y que las mujeres tienen el derecho de decidir si continuar adelante o no con el embarazo. Dos años antes, Nan decidió seguir un curso sobre elección moral y política porque estaba "buscando distintos modos de pensar en las cosas" y se interesó en "argumentos que protegen la libertad individual". Afirmando "padecer de una mala autoimagen", informa, en su cuarto año, de un sentido de progreso moral y crecimiento que atribuye a tener que "revisar mucho de lo que pensaba antes acerca de mí misma" como resultado de haber quedado embarazada y haber decidido abortar. Atribuyendo el embarazo a "un lapso de autocontrol, toma de decisiones y mucha estupidez", considera que el aborto es una solución desesperada para salvarse ("quise tanto salvar mi propia vida que tuve que hacerlo"), pero a la que considera "al menos

a ojos de la sociedad, si no a los míos, un pecado moral". Dado su "sentimiento personal de ser muy mala", su descubrimiento de que "la gente me ayudaría de todos modos hizo mucho por ayudarme en mis sentimientos hacia todos y hacia mí misma". En los meses que pasó esperando y pensando en el aborto, reflexionó "mucho acerca de la toma de decisiones, y por primera vez quise tener el control y la responsabilidad de mis propias decisiones en la vida". Como resultado, su autoimagen cambió:

Porque ahora que voy a tomar el control de mi vida, ya no siento ser un peón en manos de otros. He de aceptar el hecho de haber cometido algo malo, y eso también da un poco más de integridad, porque no está una rechazando estas cosas en sí misma todo el tiempo. Se resuelven muchos conflictos, y hay el sentido de un nuevo principio, basado en una especie de convicción de que podemos actuar en una situación.

Salió de ello "básicamente soportándome a mí misma, no como ser humano bueno o malo, sino simplemente como ser humano que tenía mucho que aprender en todos sentidos". Viéndose a sí misma en el presente como persona capaz de elegir, se siente responsable a sí misma de una manera nueva. Pero aun cuando la experiencia de elegir ha dado a Nan un mayor sentido de integridad personal, su juicio de estas elecciones sigue siendo notablemente el mismo. Aunque ha llegado a un entendimiento más general y tolerante de sí misma y a una nueva concepción de las relaciones que, en su opinión, le permitirán ser "más obvia ante sí misma y más independiente", la cuestión

moral sigue siendo de responsabilidad. En este sentido, considera que el embarazo "acudió en mi ayuda" al iluminar su anterior evasión de responsabilidad:

Fue tan grave que sacó a luz cosas que había en mí misma, como sentimientos acerca de mí, mis sentimientos acerca del mundo. Sentí que lo que había hecho era tan equivocado que me percaté de que no estaba asumiendo responsabilidad cuando debía asumirla, y no podía seguir así, eludiendo responsabilidades. Así, la gravedad de la situación hizo surgir la pregunta frente a mi cara. Lo vi claramente, y allí estaban las respuestas para mí.

Considerando que su propia irresponsabilidad la ha conducido a una situación en que no encuentra manera de actuar que no dañara a alguien, empieza a "librarse de viejas ideas" acerca de la moral que ahora le parecen un obstáculo hacia su meta de vivir en tal forma que no "cause sufrimiento humano". Al hacerlo, pone en duda la oposición de egoísmo y moral, discerniendo que "la palabra *egoísmo* es tramposa". Al reconocer que la "libertad individual" no es "tan incompatible con la moral", extiende su concepción de la moral, definiéndola como "el sentido de preocupación por otro ser humano y el sentido de preocupación por una misma". Aunque siguen en pie las preguntas de carácter moral, "¿Cuánto sufrimiento vas a causar?" y "Por qué tienes el derecho de causar sufrimiento humano?"

Estas preguntas no sólo se aplican a los demás, sino también a ella misma. La responsabilidad, separada del autosacrificio, queda atada en cambio al entendi-

miento de las causas del sufrimiento y la capacidad de prever qué acciones son las que, con el tiempo, desembocarán en un daño.

El derecho de incluirse a sí misma en el ámbito de una moral de la responsabilidad fue pregunta crítica para las mujeres universitarias durante los setentas. Esta pregunta, que surgió en distintos contextos, plantea un problema de inclusión que pudo resolverse mediante la lógica de la justicia, la igualdad de comparar a los otros con el Yo. Mas también planteó un problema de relaciones, cuya solución exigió una nueva interpretación de la responsabilidad y el cuidado. Hilard, de 27 años, explicando cómo ha cambiado su sentido de la moral, describe su interpretación de la moral por la época en que ingresó a la universidad:

Por aquel tiempo era yo mucho más ingenua. Pasé por un periodo en que pensé que había respuestas bastante sencillas a las preguntas sobre justicia e injusticia en la vida. Hasta pasé por un periodo que hoy me parece muy simplista: pensé que mientras no dañara yo a nadie, todo saldría bien. Y pronto empecé a ver, o con el tiempo empecé a ver, que las cosas no eran muy sencillas, que hemos de dañar a otros, que ellos han de dañarnos, pues la vida está llena de tensión y conflicto. Las personas tienen que herirse mutuamente en sus sentimientos, intencionalmente o no, pero es así precisamente como son las cosas.

Así, abandoné aquella idea.

Este abandono ocurrió en sus primeros años universitarios:

Me vi envuelta en un amorío con un muchacho que deseaba establecerse y casarse, y yo no podía imaginar un destino peor, pero realmente lo quería. Y rompimos, y él quedó tan trastornado por ello que abandonó la escuela durante un año, y yo comprendí que le había causado un gran daño y no había intentado hacérselo, y yo había violado mi primer principio de comportamiento moral, pero había tomado la decisión correcta.

Explicando que "no habría podido casarse con él", Hilary sintió que en ese sentido había una "respuesta fácil" al dilema al que se enfrentó. Y, sin embargo, en otro sentido, dado su mandamiento moral de no causar daño, la situación presentó un problema insoluble, bloqueando todo curso de acción que no terminara en perjuicio de alguien. Esta comprobación la llevó a dudar de sus anteriores mandamientos morales absolutos y a "comprender que este principio [de no causar daño] no lo era todo". La limitación que vio correspondía directamente a la cuestión de la integridad personal: "Lo que el principio no estaba ni siquiera tratando de lograr era 'Sé fiel a ti misma' ". Indicando que había empezado a pensar más en conservar su integridad personal, ella dice que esta experiencia la llevó a concluir que "No es posible dejar de preocuparse por lastimar a otras personas; simplemente hay que hacer lo que es justo para una".

Y, sin embargo, en vista de su continuada equiparación de la moral con la preocupación por los demás y su continua creencia en que los "actos de auto-sacrificio y que se hacen por otras personas o por el bien de la humanidad son actos buenos", su abandono

del principio de no dañar a otros equivale a un abandono de toda preocupación moral. Reconociendo lo justo de su decisión, pero también comprendiendo sus penosas consecuencias, no ve manera de conservar su integridad mientras se adhiere a una ética de cuidado y atención en sus relaciones. Tratando de evitar conflictos y componendas en la elección "simplemente haciendo lo que es justo para una", en realidad quedó con una sensación de componenda acerca de sí misma.

Este sentimiento es obvio al narrar ella el dilema al que se enfrentó en su trabajo, cuando un abogado, oponiéndose a ella en un juicio, pasó por alto un documento que habría dado crítico apoyo a la "petición de méritos" de su cliente. Reflexionando sobre si debía hablar o no a su adversario acerca del documento que mejoraría la situación de su cliente, Hilary notó que el sistema jurídico no sólo obstaculiza "la supuesta búsqueda de la verdad" sino también la expresión de preocupación por la persona que es la parte contraria. Decidiendo, a la postre, adherirse al sistema, en parte por la vulnerabilidad de su propia situación profesional, considera que no estuvo a la altura de sus normas de integridad personal, ni de su idea moral de autosacrificio. De este modo, su descripción de sí misma contrasta a la vez con su descripción de su esposo como "persona de absoluta integridad que nunca haría a nadie algo que no considerara justo" y con su idea de su propia madre como "persona que cuida mucho de los demás", que es "abnegada" al dar todo a otros.

Hablando de sí misma, Hilary dice casi disculpándose que desde la universidad se ha vuelto más tolerante y

más comprensiva, menos dispuesta a culpar a gente que antes habría condenado, más capaz de ver la integridad desde perspectivas distintas. Aunque, como abogada, conoce el lenguaje de los derechos y reconoce claramente la importancia de la autodeterminación y el respeto, el concepto de los derechos sigue en tensión con una ética de cuidado y amor. La persistente oposición de egoísmo y responsabilidad, sin embargo, no le deja manera de reconciliar el mandamiento de ser fiel a sí misma con el ideal de responsabilidad en sus relaciones.

El choque entre una moral de derechos y una ética de responsabilidad surgió de una crisis moral descrita por Jenny, otra estudiante en el estudio de universitarias. También ella expresa una moral de desinterés y comportamiento abnegado, ejemplificada por su madre que representa su ideal:

Si yo creciera para ser como alguien en el mundo, sería mi madre, porque nunca he conocido persona más desinteresada. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por los demás, hasta el punto de que se causó gran daño porque daba tanto a los demás y no pedía nada en cambio. Así, idealmente, así es como me gustaría ser, una persona desinteresada y generosa.

En contraste, Jenny se describe a sí misma como "mucho más egoísta, en muchas maneras". Pero viendo la limitación del autosacrificio en su potencial para dañar a otros que la rodean, trata de resolver la tensión entre egoísmo y cuidado, revisando su definición de "la mejor persona que es posible ser" añadiendo a su

componente básico, "hacer el mayor bien a los demás", la condición: "Mientras satisfaga su propio potencial".

Dos años antes, en el curso sobre elección moral y política, Jenny se había puesto a examinar la moral en función de estas preguntas: "¿Cuánto te debes a ti misma?" y "¿Cuánto debes a otros?" Definiendo la moral como problema de obligación, por medio de la equiparación de sí misma y de los demás, trató de desafiar las premisas subyacentes en el autosacrificio, y poner su concepción de la responsabilidad en armonía con una interpretación de los derechos. Pero una crisis ocurrida por entonces en su familia puso en duda la lógica de este esfuerzo al demostrar lo inadecuado de la terminología del derecho para enfrentarse a cuestiones de responsabilidad en las relaciones personales. La crisis fue causada por el suicidio de un pariente en una época en que los recursos de la familia estaban ya agotados por la enfermedad del abuelo, que necesitaba continua atención médica. Aunque en el curso se había discutido sobre la moral del suicidio, desde la perspectiva de los derechos individuales, este suicidio le pareció, a Jenny, en cambio, un acto de irresponsabilidad consumada, que llegaba a aumentar la carga para los demás, añadiendo sufrimientos y daños.

Tratando de poner sus sentimientos de ira en conexión con su lógica de la razón, llegó a un callejón sin salida al descubrir que su antiguo modo de pensar ya no funcionaba:

Todo el semestre habíamos estado discutiendo sobre qué es justo y qué es injusto, qué es bueno, y cuánto debe la gente a sí misma y cuánto debe a los demás,

y [mi pariente] se mató, precisamente entonces, y ésa es una crisis moral, ¿verdad? Y yo no supe cómo enfrentarme a ella porque en realidad terminé odiándolo por haber hecho eso y supe que realmente yo no podría hacerlo. Quiero decir, eso estuvo mal. ¿Cómo pudo hacerle eso a su familia? Y realmente tuve que reevaluar muy en serio todo ese curso, porque ya no funcionaba. Todas aquellas cosas tan bonitas que habíamos estado discutiendo están muy bien para hablar de ellas. Recuerdo que imaginábamos pequeñas situaciones, como por ejemplo, si estuviese uno en misión guerrera, a la cabeza de una patrulla y alguien tuviese que arrojar una granada de mano, o algo así. Bueno, muy bonito, pero cuando es algo como esto, que está cerca de una, ya no funciona más. Y tuve que reevaluar muy seriamente todo lo que había dicho en el curso y por qué, si yo creía en ello, cómo podía terminar con tan intenso odio.

Dadas las terribles dimensiones de este problema, la lógica subyacente en la ecuación de cuánto se debe a uno y cuánto a los demás empezó a desmenuzarse, y luego cayó en pedazos.

De pronto, todas las definiciones y toda la terminología ya no funcionaron. Se volvió el tipo de cosa al que no es posible asignarle algún valor al decir, "Sí, fue moral", o "No, no lo fue". Es una de esas cosas que simplemente son irracionales e indefinibles.

Jenny se percató de que cualquiera que fuese el juicio, la acción misma era irreversible y tenía consecuencias que afectaban también las vidas de otros. Como derechos y responsabilidades, egoísmo y autosacrificio

estaban tan inextricablemente confundidos en esta situación, no encontró manera de pensar en ello salvo decir que, aunque en cierto sentido parecía una crisis moral, en otro sentido parecía "simplemente irracional e indefinible".

Cinco años después, nuevamente entrevistada, Jenny dice que estos acontecimientos cambiaron su vida al poner en relieve, para ella, "todo lo que hay acerca de responsabilidad". Cuando prevaleció la oposición entre el egoísmo y moral, ella no respondió ni a los demás ni a sí misma; no deseando "asumir responsabilidad por su abuelo" tampoco quiso asumir responsabilidad por sí misma. En ese sentido, habiendo sido a la vez egoísta y desinteresada, vio la limitación de la oposición misma. Comprendiendo que "era demasiado difícil ir por la vida como yo había ido, dejando que alguien más asumiera la responsabilidad por la dirección de mi vida", se desafió a sí misma a controlar su vida y "cambió la dirección de su vida".

La interpretación subyacente de la moral como problema de responsabilidad, y la lucha, para las mujeres, de asumir responsabilidad por sus propias vidas, son evidentes en los dilemas escritos por otras estudiantes universitarias que tomaron parte en el estudio sobre derechos y responsabilidades. Una comparación de los dilemas escritos por tres de las mujeres muestra, a través de una vasta gama de formulaciones, cómo la oposición entre egoísmo y responsabilidad complica para las mujeres la cuestión de la elección, dejándolas suspendidas entre un ideal de desinterés y la verdad de su propia intervención y sus necesidades. El problema de desarrollo creado por la oposición entre moral y verdad se

hace evidente en el intento de las tres mujeres por encontrar una manera de superar esta oposición, ser más honradas consigo mismas mientras seguían respondiendo a los demás. Buscando un modo de resolver la tensión que sienten entre la responsabilidad hacia los demás y el desarrollo de sí mismas, todas ellas escriben dilemas centrados en el conflicto entre integridad personal y lealtad en las relaciones familiares. Las tres mujeres tienen dificultades con la elección, y vinculan esta dificultad con su deseo de no causar un daño. Sus diversas soluciones de este problema revelan, sucesivamente, la naturaleza autocegada de la oposición entre egoísmo y responsabilidad, el desafío del concepto de los derechos a la virtud del desinterés, y la forma en que una comprensión de los derechos transforma la comprensión del cuidado y las relaciones.

Alison, estudiante de segundo año, define la moral como una conciencia de poder:

Un tipo de conciencia, una sensibilidad hacia la humanidad, saber que podemos afectar la vida de alguien más, que podemos afectar nuestra propia vida y que tenemos la responsabilidad de no poner en peligro las vidas de otros ni de dañar a otros. Así, la moral es compleja; estoy siendo muy simplista. La moral exige comprender que hay una interrelación entre el Yo y el otro y que hemos de asumir la responsabilidad por ambos. Sigo empleando la palabra *responsabilidad*; es como una especie de conciencia de nuestra influencia sobre lo que está ocurriendo.

Vinculando la moral con una conciencia del poder, pero equiparando la responsabilidad con no dañar a

los demás, Alison considera que responsabilidad significa "que nos preocupamos por esa otra persona, que somos sensibles a las necesidades de esa otra persona y las consideramos como parte de nuestras necesidades, porque dependemos de los demás". La equiparación de la moral con la atención a otros le lleva a llamar "egoísmo" a lo opuesto de la responsabilidad, oposición manifiesta en su juicio de que la experiencia de la gratificación personal compromete la moral con actos que de otra manera se habrían podido considerar como responsables y buenos: "Enseñar fue casi algo egoísta porque me hizo sentir bien al hacer algo por otros, y me gustó".

Así la moral, aunque se considere que surge de la interrelación entre el Yo y los otros, queda reducida a una oposición entre el Yo y el otro, atada, a la postre, a la dependencia de los demás, equiparada con la responsabilidad de cuidar de ellos. La idea moral no es cooperación o interdependencia sino, antes bien, el cumplimiento de una obligación, el pago de una deuda, dando a otros sin tomar nada para sí. La cualidad cegadora de esta interpretación es evidente, empero, cuando Alison comienza su autodescripción diciendo: "No soy muy honrada conmigo misma". La fuente de esta falta de sinceridad se encuentra en la necesidad de autoengaño creada por una aparente contradicción en su visión de sí misma:

Soy una persona que tiene muchas ideas sobre la forma en que me gustaría que las cosas fueran y que desea, simplemente por medio del amor, mejorar las cosas, pero también soy persona egoísta y

gran parte del tiempo no me comporto en forma amorosa.

En un esfuerzo por enfrentarse al problema del egoísmo, Alison experimenta una continua lucha "para justificar mis acciones" así como "una época difícil, haciendo elecciones". Viendo que tiene poder de hacer daño, pero no deseando causarlo, le resulta difícil decir a sus padres que desea dejar la escuela por un año, pues sabe que para ellos es importante que siga estudiando. Atrapada entre el deseo de no dañar a otros y el deseo de ser fiel a sí misma, trata de aclarar sus propios motivos en un intento de actuar en forma que resulte irrefutable. Esforzándose "por ser honrada conmigo misma acerca de por qué soy infeliz aquí, qué está ocurriendo, qué deseo hacer", encuentra que tiene dificultad para explicarse a sí misma tanto como a sus padres "por qué realmente tengo que apartarme un año, por qué es realmente importante para mí". Considerando la universidad como una institución "egoísta" en que la competencia es más que la cooperación, de tal modo que "trabajar para uno mismo, hacer las cosas para uno mismo, no ayuda a los demás". Ella aspira a ser "atenta, sensible y generosa", establecer relaciones de cooperación y no de competencia. Pero no puede ver forma en la complicación de esta situación para integrar un ideal de integridad personal y moral con una ética de responsabilidad y cuidado, pues al dejar la universidad causaría un dolor a sus padres mientras que, quedándose, se perjudicaría. La tensión es evidente y ella describe su deseo de ser a la vez honrada y cariñosa, "alguien comprometido con cier-

tas ideas pero incapaz de relacionarse con otras personas y de respetar las ideas de los demás y, sin embargo, no entrar en componendas y no sólo ser sumisa y acomodaticia ante los demás".

Emily, la segunda mujer, aclara cómo esta lucha afecta el concepto de derechos. Al preguntársele, en su cuarto año universitario, si alguna vez se había enfrentado a una decisión en que no fueran claros los principios morales, describe el conflicto con su padre sobre si debía ir al año siguiente a la escuela de medicina. Explicando el argumento de sus padres, de que ella no debía irse lejos, establece un contraste entre justificaciones morales y egoístas:

Ellos tenían justificaciones morales de principio y justificaciones para desear que yo me quedara aquí; eran a la vez buenas y no tan buenas. A las buenas puedo ponerlas en la clasificación de morales, y a las malas en la clasificación de egoístas.

Poniendo el dilema en el lenguaje de los derechos, explica:

Mis padres tienen derecho de querer verme en cierto modo, en ciertos momentos. Creo que la parte mala fue una especie de abuso de tal derecho, que hace surgir la cuestión del egoísmo, y mi parte moral consiste en que yo no veía mi alejamiento como romper con la familia, en ningún sentido.

Equiparando los derechos con los deseos y la moral con la responsabilidad en las relaciones, indica que no fue su "intención y objetivo romper con la familia".

Antes bien, "pensé y sigo pensando en algunos aspectos que yo me desarrollaría más estando en un lugar distinto, con otras personas". Contrastando el "aspecto positivo de la separación", su intento de asumir la responsabilidad de su propio desarrollo, con "lo negativo que hay en mí", el hecho de que causaría un dolor a sus padres, encuentra un problema de interpretación. Retorna el viejo lenguaje de la moral, pero inmediatamente queda relativizado cuando ella describe su propia posición:

Mi motivación tal vez fuese un poco egoísta de mi parte, o no bastante elevada. Nuestra familia no sólo era un don, sino una especie de don, de por vida, y tal vez fuera mi obligación moral, siendo relativas todas las cosas, aceptar igualmente tal aspecto de no irme, quedarme aquí, y dejar que parte de mi desinterés se adueñara de la situación.

Su naciente idea de que desinterés y egoísmo pueden ser juicios relativos, no absolutos, cuestión de interpretación o de perspectivas más que de verdad, se extiende hasta dos conceptos de moral, centrado uno de ellos en los derechos, el otro en la responsabilidad. El cambio entre estos dos conceptos es evidente cuando ella define el conflicto moral al que se enfrentó:

El conflicto fue: ¿tenía yo o no el derecho de actuar como parte independiente cuando no veía yo que mi partida causara un daño a otras partes, sino que era como un cero? Ellos, por su parte, lo consideraban negativo, aunque yo no lo percibiera de tal manera. El conflicto no estaba en mi interpretación, sino en el hecho de que teníamos interpretaciones distin-

tas de esa moral, y era muy reñido, pues yo pensaba que ambas interpretaciones eran casi igualmente fuertes, y creo que opté por la de ellos quedándome aquí, y creo que ése fue el conflicto.

Antes, Emily había pensado que "siempre hay una posición moral, una superior, y que esa superior puede ser como la cuarta parte de un uno por ciento. Creo que es posible equiparar bastante las cosas". Sin embargo, en esta situación encontró que "es imposible tomar una decisión moral". Habiendo justificado su derecho de actuar como parte independiente, en función de su creencia de que al hacerlo no dañaría a otros, no obstante al final cedió ante la interpretación de sus padres de que su partida sería egoísta, pues les causaría un daño a ellos. Al explicar la "razón crítica" de su decisión de quedarse, describe cómo interpretó el dilema cual un balance de egoísmo y concluyó que el suyo propio era "el mayor egoísmo".

A ellos verdaderamente les dolió toda la situación, y yo no sentí que fuera tan grande la pérdida de no ir. Así, creo que empecé a ver mi egoísmo como mayor al de ellos. Ambos egoísmos empezaron a ser iguales, pero de una u otra manera, ellos parecían sufrir más.

Así la interpretación de los derechos, puesta en el idioma de la responsabilidad como un balance de egoísmo, al final cedió a consideraciones de responsabilidad, ante la cuestión de quién sufriría más. El intento de plantear el dilema como conflicto de derechos se convirtió en un concurso de egoísmo, impidiendo la po-



sibilidad de una decisión moral, pues cualquiera de las resoluciones podía considerarse egoísta desde una u otra perspectiva. Por consiguiente, la preocupación por los derechos quedó superada por una preocupación por la responsabilidad, y ella resolvió el dilema "dejando que parte de mi desinterés dominara la situación"; pues sus padres le parecieron más vulnerables que ella.

Despreciando el daño a sí misma, por considerarlo de omisión ("no tener una nueva experiencia no es un daño en el sentido absoluto"), lo contrasta con el acto de comisión, la responsabilidad que sentía al causar a sus padres "una pérdida bastante grande". Considerando que la responsabilidad va "unida a la moral", ella considera que las responsabilidades ponen en acción "una cadena de expectativas, y si la interrumpimos, también interrumpimos todo un proceso no sólo para una misma sino para quienes nos rodean". Como resultado, las consideraciones de derechos basadas en una suposición de independencia amenazan con interrumpir la cadena de relaciones y así son contrapuestas y superadas por consideraciones de responsabilidad. Al final, la elección depende de determinar dónde "se encuentra la mayor responsabilidad", determinación basada en una evaluación de la vulnerabilidad, una estimación relativa de quien será más dañado.

Sin embargo, al abandonar su "derecho de actuar como parte independiente" y dejar que, en cambio, su "abnegación se adueñara de la situación", ella ha suspendido su propia investigación de una moral de responsabilidad y, al suspender sus interpretaciones, se suspende a sí misma. Esta sensación de suspensión queda revelada en la descripción que hace Emily de sí

misma como "un redondo frijolito gelatinoso, caminando un poco, recogiendo nieve aquí y allá, nunca uniéndose realmente con el peso de la nieve". Hacia el fin de la entrevista, indica su deseo de fundamentarse más seguramente al "pensar" más acerca de sus relaciones, preocuparse más por saber cómo está "interactuando con la gente", en lugar de "dejarlos hacer". Mientras que antes estaba "a la defensiva, temerosa", al pensar en lo que estaba haciendo en sus relaciones, aunque ahora ve que "pensar acerca de ello me ha quitado ese miedo, porque cuando se piensa en lo que se está haciendo, se sabe lo que es. Si no se sabe, como que deja uno ir las cosas; no se sabe qué vendrá después".

La imagen de ir al garete o dejar ir las cosas brota en todas las entrevistas, denotando la experiencia de las mujeres atrapadas en la oposición entre egoísmo y responsabilidad. Describiendo una vida dada en respuesta, guiada por la percepción de las necesidades de los demás, no pueden ver una manera de ejercer un control sin arriesgarse a una afirmación que les parece egoísta y, por tanto, moralmente peligrosa. Como la heroína de *The Waterfall* que empieza la novela diciendo "Si yo estuviera ahogándome no podría tender una mano para salvarme: así de renuente estoy a ponerme contra el destino", sin pensar siquiera "qué podría ser la verdad", estas mujeres son atraídas involuntariamente por la imagen de la pasividad, el atractivo de evitar la responsabilidad hundiéndose, como Jane, en una "edad de hielo de la inactividad", de tal manera que la "providencia tenga un enfrentamiento con ella sin su propia ayuda".

Pero la imagen de ir al garete, aunque parezca ofrecer la seguridad ante el peso de la responsabilidad, lleva consigo el peligro de desembocar en una confrontación más dolorosa con la elección, como en la escueta opción de una decisión de abortar, o en el descubrimiento de Maggie Tulliver de que involuntariamente ha hecho lo que más temía. Luego, al reconocer las consecuencias vuelve la cuestión de la responsabilidad, llevando consigo las cuestiones interrelacionadas de elección y de verdad.

Maggie, cediendo a sus sentimientos hacia Stephen, cesando momentáneamente su resistencia a él,

sintió que estaba siendo conducida por el jardín entre las rosas, que la ayudaban con tierno y firme cuidado a subir al bote, que diponían un cojín y un manto para sus pies y abrían una sombrilla para ella (lo que ella había olvidado) ...todo ello por aquella presencia más fuerte que parecía llevarla, sin que interviniera su propia voluntad.

Pero cuando comprendió cuán lejos había llegado, "una terrible alarma se apoderó de ella", y su "anhelo de aquella creencia en que la corriente iba haciéndolo todo" pronto cedió, primero ante "sentimientos de furiosa resistencia a Stephen, al que acusó de haber deseado privarla de su elección y aprovecharse de su inconsciencia, y luego a la conciencia de su propia participación. Ya no "paralizada", reconoció que "los sentimientos de unas breves semanas la habían llevado a cometer los pecados ante los que más había retrocedido su naturaleza: falta de lealtad y cruel egoísmo". Luego Maggie, "anhelando una bondad perfecta"

decidió "ser fiel a mis afectos más apacibles y vivir in la alegría del amor".

Sin embargo, aunque Maggie anhela la verdad, su análoga, Jane, busca la verdad. Descubriendo en su deseo de James "tales profundidades de egoísmo" que considera que se está ahogando, "en un esfuerzo por reclamar las renunciadas perdidas, como Maggie Tulliver", Jane escoge, en cambio, cuestionar las renunciadas y, a la postre, "identificarme a mí misma con el amor". Observando que aunque "Maggie Tulliver nunca durmió con su hombre, hizo todo el daño que podía hacer: a Lucy, a sí misma, a los dos hombres que la amaron, y luego, como una mujer de otra época, se contuvo", Jane se enfrenta a "un hecho visto desde ángulos donde antes solía haber un acontecimiento y una sola forma de soportarlo". Por consiguiente, "se pregunta, en esta época, ¿qué hacer?".

La distinción moral entre el comportamiento egoísta y el desinteresado, cada vez más clara para Maggie, se vuelve para Jane, en cambio, cada vez más borrosa. Habiendo "buscado la virtud" sólo para descubrir que "no podía ascender por los escalones que otros parecían subir", busca entonces la inocencia "en la abnegación, en el rechazo, en la renuncia" pensando que

si yo pudiera negarme a mí misma bastante, habría alcanzado algún tipo de inocencia, pese a estos impulsos intermitentes, como pesadillas, de mi verdadera naturaleza. Pensé que podía negarme a mí misma, borrar a mí misma.

Y sin embargo descubre que, cuente como cuente su historia, sea en primera persona o en tercera, al final

se enfrenta a la verdad de que pese a todas las renunci-  
cias, ella se ha "hundido en un océano embravecido".

Contra la atracción de tales renunciaciones, la visión de una inocencia lograda por la negativa de sí mismas, las mujeres empiezan a buscar la verdad de su propia experiencia y a hablar de controlarla.

*(Pensando en el año pasado, ¿qué significa para ti?)*  
Dominar yo misma mi vida.

Así Kate, la tercera mujer, recién graduada en la universidad, empieza a hablar de su lucha por superar la oposición entre egoísmo y responsabilidad y dominar ella misma su vida. La lucha estalló en su cuarto año en la universidad, cuando vio que era incapaz de imponer su deseo de salirse de un equipo universitario para "hacer otras cosas que eran importantes para mí". Al pensar en el acto radical de decir no a la "indiscutida pasada prioridad" de los deportes en su vida, se encontró "paralizada en cierto modo" e incapaz de tomar una determinación:

Pasé por una época de confusión. La decisión fue muy difícil. Era como si no pudiese yo tomarla: simplemente estaba paralizada. Y trataba de pensar acerca de ello, y era como chocar contra una pared, hasta tratar de imaginar por qué era tan difícil y por qué estaba yo pasándola tan mal. Así, finalmente se convirtió en una situación de crisis; cuando el entrenador me dijo, "Mira, tienes que decidir, en un sentido u otro", yo no sentí que pudiera decidir. Las cosas se habían vuelto una confusión de emociones y todo. Así por primera vez, hasta

donde puedo pensar, reveladoramente, reconocí que estaba en grandes aprietos.

Sus dificultades se debían al hecho de que, al decir no, estaba desafiando "toda una ética" antes incuestionada. Habiendo crecido pensando en la cosmovisión representada por su padre —"el éxito en lo que emprendiera, y la ética del deporte"— como "la única legítima" comprende ahora "cuán básica se había vuelto como la actitud de acuerdo con la cual se debía vivir". Así, el descubrir "que había otras cosas, más importantes para mí", planteó "una verdadera amenaza o un desafío a una de las suposiciones básicas con las que yo había vivido durante tan largo tiempo", suposiciones que habían sido como un ancla de su identidad y un nexo entre su padre y ella.

Diciendo que antes había pasado "flotando" por la escuela, con "tal sentido de inexistencia de lo que deseaba hacer que como que seguí el camino de menor resistencia", Kate controla ahora las cosas "haciendo más y más de lo que quiero hacer, y cada vez menos de lo que yo pensaba que debía estar haciendo o se suponía que debía hacer". De esta manera, "ahora he penetrado más en donde estoy". Reconociendo lo legítimo de diversas cosmovisiones, depende más de sus propias interpretaciones. Así, el proceso de controlar las cosas, de llegar "a un sentido más definido de lo que yo deseaba hacer y de las opciones que hay y del tipo de caminos que tienen sentido", cobró un nuevo significado:

Significó volverme un poco más yo misma y así tener mayor confianza en mi propio juicio, porque tenía

algo en que basar mis juicios; sentirme más fuerte y así depender más de mí al tomar decisiones y evaluar situaciones, y no aceptar el juicio de mis padres o el de la universidad; y encontrarme en situaciones en que estoy adoptando una actitud y alguien está adoptando otra y ambas posiciones parecen legítimas y ninguna de las dos es la correcta, y aprender a aceptar eso; y tratar de comprender por qué es así, pero ser capaz de aceptar eso, o empezar a cuestionar toda la idea de que una persona es más recta que otra, o hace cosas mejor que la otra.

Al empezar a cuestionar la idea de que hay una sola manera correcta de vivir y que las diferencias siempre son para bien o para mal, empieza a ver el conflicto de una manera nueva, como parte de las relaciones y no como una amenaza a ellas. Contrastando su actual pensamiento acerca de la moral con su creencia anterior en que "había respuestas correctas", se refiere a un curso sobre desarrollo moral que ella había seguido en su segundo año:

Para mí tenía sentido la idea de que al más alto nivel de razonamiento moral, es posible plantear a un grupo de personas un problema y que, idealmente, todas estarían de acuerdo. Me resultó asombroso, aunque yo estaba muy confusa. ¡Todo era tan claro! Bien clara era la idea de que existen las respuestas correctas, que cada quien llegará a las respuestas correctas.

Puesto que el concepto de acuerdo basaba sus premisas en el concepto de los derechos, vino a fundamen-

tar la comprensión que Kate tenía por entonces del feminismo. El reconocimiento de los derechos de la mujer "legitimó muchas de las quejas e insatisfacciones que yo había sentido hacia las que consideraba como elecciones de mujeres". De manera similar, la equiparación de la moral con el respeto a los derechos justificaba la libertad de cambio que ella buscaba, poniendo restricciones a la responsabilidad al limitar el deber a la reciprocidad de la no intervención. Sin embargo, ahora ve la limitación del enfoque, "centrado en el individuo", de equilibrar los derechos y reclamaciones, en el hecho de que este enfoque no toma en cuenta la realidad de las relaciones, "toda una dimensión distinta de experiencia humana". Al ver las vidas particulares conectadas y fincadas en un marco social de relaciones, ella extiende su perspectiva moral para abarcar un concepto de "vida colectiva". Ahora, la responsabilidad incluye el Yo y los otros, considerados como distintos pero conectados, y no separados y opuestos. Esta cognición de la interdependencia, antes que una preocupación por la reciprocidad, imbuje su creencia en que "todos tenemos responsabilidades, hasta cierto grado, de cuidar unos de otros".

Como surgen problemas morales en situaciones de conflicto en que "cualquier camino que yo siga, algo o alguien no saldrá beneficiado" su resolución es "no una simple decisión de sí o no; es algo peor". En un mundo que se extiende a través de una elaborada red de relaciones, el hecho de que alguien salga perjudicado afecta a todos los que participan, complicando el aspecto moral de cada decisión y suprimiendo la posibilidad de una solución clara o sencilla. Así, la mo-

ral, en lugar de oponerse a la integridad o estar atada a un ideal de acuerdo y consenso, se alinea con "la clase de integridad" que procede de "tomar decisiones después de elaborar todo aquello que consideramos como importante en la situación", y asumir la responsabilidad de la elección. A la postre, la moral es cuestión de atención y cuidado:

Consiste en dedicar tiempo y energía para considerarlo todo. Decidir sin cuidado o de prisa sobre la base de uno o dos factores cuando sabemos que hay otras cosas que son importantes y serán afectadas: eso es inmoral. La forma moral de tomar decisiones es considerar todo lo que se pueda, todo lo que se sepa.

Describiéndose a sí misma como "persona fuerte" aunque reconociendo que no siempre se siente fuerte, Kate se considera "cuidadosa y concienzuda", que "dolorosamente empieza a aprender cómo expresarme a mí misma y ser más franca", en lugar de "adoptar", como antes, una "actitud estoica". Aunque su participación en los deportes la llevó a "tomarme en serio, en el aspecto físico", su participación en el feminismo la llevó a tomar igualmente en serio sus ideas y sentimientos. Más responsable ahora ante sí misma y más directamente sensible hacia los demás, describe una moral que incluye la lógica de los derechos en un nuevo entendimiento de la responsabilidad. Viendo la vida no como "un camino" sino como "una red, en que se pueden escoger diferentes direcciones en cualquier punto en particular, no sólo un camino", se percata de que siempre habrá conflictos y que "ningún factor es absoluto".

La única "verdadera constante es el proceso" de tomar decisiones con cuidado, sobre la base de lo que sabemos, y asumir la responsabilidad de la elección, mientras se reconoce la posible legitimidad de otras situaciones.

Al equiparar responsabilidad con atención y cuidado, y no sólo con no causar daño, Kate reconoce el problema de la limitación: "Tenemos responsabilidades hacia otros, en función de ayudar a los demás... no sé hasta dónde". Aunque la inclusión general es el objetivo de la moral, la exclusión puede ser una necesidad de la vida. Las personas a quienes ella admira son "gente verdaderamente conectada con las situaciones concretas de sus vidas", cuyo conocimiento no procede de un desapego sino de vivir en conexión con ellos mismos y con los demás, de estar fincados en las condiciones de la vida.

Así pues, en un sentido, no ha cambiado mucho. George Eliot, observando que "no tenemos una llave maestra para todos los casos" de decisión moral, retorna a los casuistas en cuyo "espíritu pervertido de minuciosa discriminación" ve ella "la sombra de una verdad a la que ojos y corazones demasiadas veces están fatalmente sellados; ...la verdad de que los juicios morales seguirán siendo falsos y vacíos a menos que sean revisados e ilustrados por una referencia perpetua a las circunstancias especiales que marcan el destino individual". Así, el juicio moral debe ser informado por una "creciente visión y simpatía", moderado por el conocimiento obtenido por la experiencia de que las "reglas generales" no conducirán a las personas "a la justicia mediante un método ya patentado, sin tomarse la mo-

lestia de ejercer paciencia, discriminación, imparcialidad, sin ningún cuidado por comprobar si se tiene la sabiduría que se obtiene por un cálculo —dificilmente ganado— de la tentación o de una vida vivida y lo bastante intensa para haber creado un vasto sentimiento de camaradería con todo lo que es humano”.

Y sin embargo, para George Eliot, al menos en esta novela, el problema moral sigue siendo de renuncia, cuestión de si “ha llegado el momento en que un hombre ha caído por debajo de la posibilidad de una renuncia que tendrá alguna eficacia y ha de aceptar una vez más el imperio de la pasión contra la que había luchado”. Así, la oposición entre la pasión y el deber vincula la moral con un ideal de desinterés, la “perfecta bondad” a la que aspiraba Maggie Tulliver.

Tanto esta oposición como ese ideal son puestos en duda por el concepto de los derechos, por la suposición subyacente en la idea de justicia, de que el Yo y los otros son iguales. Entre los estudiantes universitarios del decenio de 1970, el concepto de derecho entró en su pensamiento a desafiar una moral de autosacrificio y abnegación. Cuestionando el estoicismo de la auto-negación y remplazando la ilusión de la inocencia por una conciencia del cambio, se esforzaron por captar un concepto esencial de los derechos: que los intereses del Yo pueden considerarse legítimos. En ese sentido, el concepto de los derechos cambia las concepciones del Yo entre las mujeres, permitiéndoles verse a sí mismas como más fuertes, y considerar directamente sus propias necesidades. Cuando la autoafirmación ya no parece peligrosa, cambia el concepto de las relaciones, dejando de ser un nexo de continuada dependencia

para ser una dinámica de la interdependencia. Entonces, el concepto de cuidado y atención se extiende: de la paralizadora orden de no dañar a los demás, a un mandamiento de actuar responsablemente hacia el Yo y hacia los otros, y así, sostener la conexión. Una conciencia de la dinámica de las relaciones humanas se vuelve central entonces para el entendimiento moral, uniendo el corazón y los ojos en una ética que vincula la actividad del pensamiento con la actividad del cuidado y la atención.

De este modo, los cambios de los derechos de las mujeres modifican los juicios morales femeninos, mezclando la piedad con la justicia al capacitar a las mujeres a considerar moral no sólo atender a los demás, sino también a sí mismas. La cuestión de la inclusión, planteada por primera vez por las feministas en el dominio público reverbera por toda la psicología de las mujeres cuando empiezan a notar su propia exclusión de sí mismas. Cuando la preocupación por el cuidado y la atención se extiende, de ser una orden de no dañar a otros a un ideal de responsabilidad en las relaciones sociales, las mujeres empiezan a interpretar su comprensión de las relaciones como fuente de fuerza moral. Pero el concepto de los derechos también cambia los juicios morales de las mujeres añadiendo una segunda perspectiva a la consideración de los problemas morales, con el resultado de que el juicio se vuelve más tolerante y menos absoluto.

Cuando el egoísmo y el autosacrificio se vuelven cuestiones de interpretación y las responsabilidades viven en tensión con los derechos, la verdad moral se complica por la verdad psicológica, y la cuestión del

juicio se vuelve más compleja. La heroína de Drabble, que trataba de escribir "un poema tan duro y redondo como una piedra" sólo para descubrir que palabras y pensamientos le estorban, concluye que "un poema tan pulido y redondo no diría nada" y se pone a describir las variadas aristas de un acontecimiento visto desde todos los ángulos, y al final no encuentra una verdad unificada. En cambio, por medio de un último cambio de perspectiva, relega su desconfianza a aquella "alejada tercera persona" y, sin rechazar ya las acusaciones de egoísmo, se identifica con la voz de la primera persona.

## VI. VISIONES DE MADUREZ

Apego y separación anclan el ciclo de la vida humana, describiendo la biología de la reproducción y la psicología del desarrollo humano. Los conceptos de apego y separación que pintan la naturaleza y la secuencia del desarrollo del infante aparecen en la adolescencia como identidad e intimidad y luego, en la edad adulta, como amor y trabajo. Sin embargo, este reiterativo contrapunto de la experiencia humana, cuando es moldeado formando un ordenamiento de desarrollo, tiende a desaparecer en el curso de su reducción lineal en la equiparación de desarrollo con separación. Esta desaparición puede remontarse, en parte, al enfoque en el desarrollo del niño y el adolescente, cuando es fácil seguir el progreso midiendo la distancia entre la madre y el niño. La limitación de esta interpretación es evidente en la ausencia de mujeres en todas las versiones del desarrollo del adulto.

Escogiendo, como Virgilio, "cantar a las armas y al hombre", los psicólogos al describir la adultez han enfocado el desarrollo del Yo y del trabajo. Aunque se supone que el apogeo de la separación en la adolescencia va seguido en la edad adulta por el retorno del apego, la atención y el cuidado, recientes descripciones del desarrollo del adulto, obtenidas, sin conexión entre sí, de estudios de hombres, ofrecen escasa luz sobre una vida pasada en relaciones íntimas y genera-